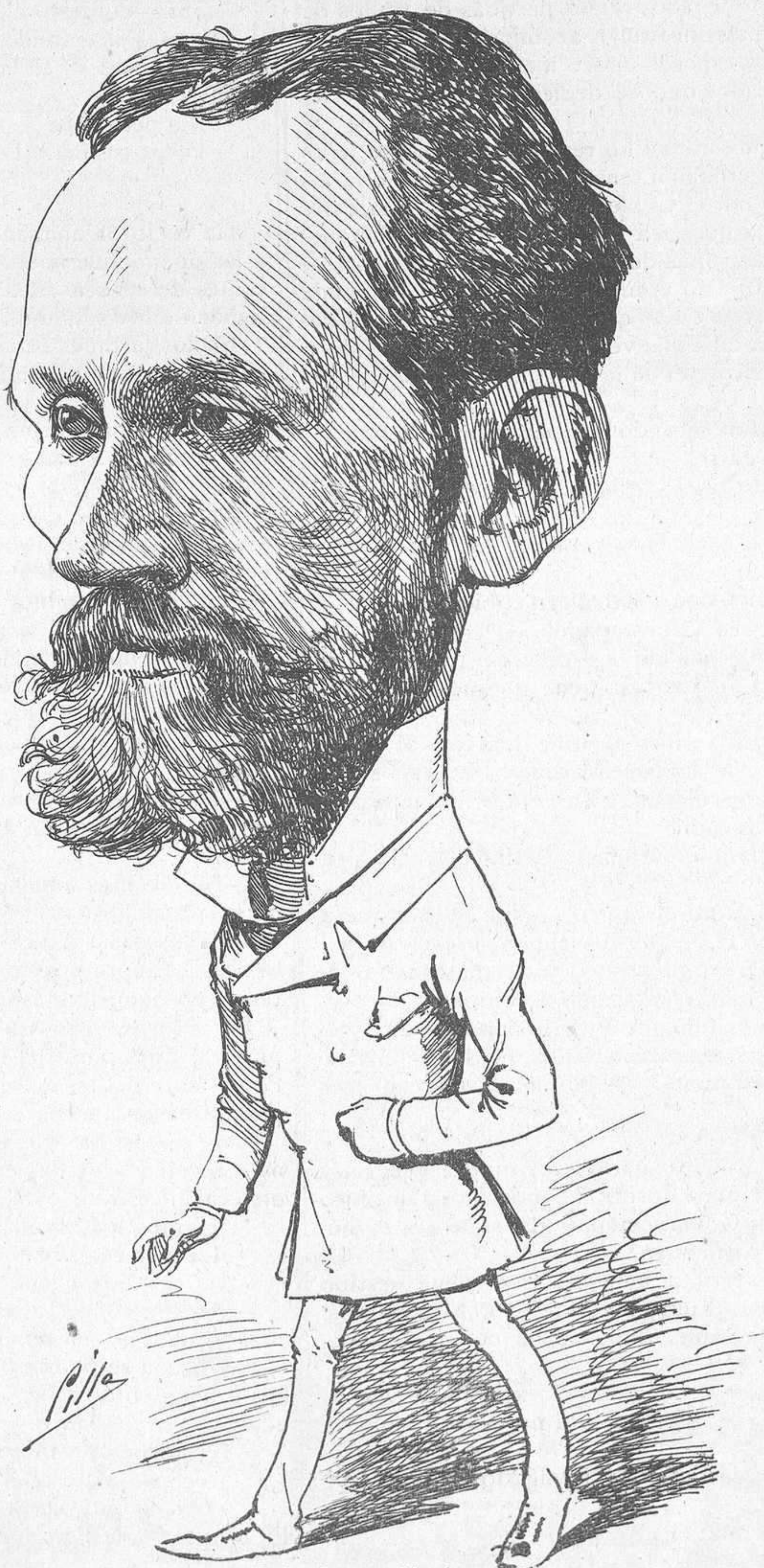




Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
RICARDO NAVARRETE



Lit.^a de L. Bravo. Desengaño, 14 y Carbon. 7.

Colorista y dibujante
de mérito y nombradía,
que vale mucho, ¡bastante!
y valdrá más cada día.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A Rosario, por Ricardo de la Vega.—Las botas, por José Estremera.—Preservativos, por Eduardo de Palacio.—La rosa amarilla, por Fiacro Yráyoz.—¿Que quién soy yo? por Sinesio Delgado.—Memorias de un cuaderno de papel, por J. Navarro Reza.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ricardo Navarrete.—En serio.—Oda al mar, por Cilla.



Las personas escogidas comienzan á regresar á la corte, porque han visto que el cólera no respeta ni aun aquellas localidades donde se habían refugiado nuestros elegantes de ambos sexos.

En estos días han llegado varias partidas de títulos del reino y otras de damas sin titular, acompañadas de sus perros íntimos, de sus esposos más ó menos auténticos, y de esos jóvenes agraciados que se dedican á amar á precios convencionales.

Como las leyes de sanidad no respetan edades ni jerarquías, todos los viajeros han tenido que someterse á la fumigación dispuesta por el Gobierno, viniendo á colocarse los Condes y los Marqueses á la altura de los colchones sospechosos y de las ropas de cama en mal uso.

En la mesa, en el juego y en los fumigatorios, es donde se conoce á las personas. Las que han sido mecidas en dorada cuna, no hacen más que ver el barracón, destinado á riego personal, y sienten que la indignación colorea sus mejillas.

—¿Qué?—preguntan sacando la cabeza por la ventanilla. —¿Se nos va á fumigar?

—Sí, señor—contesta el vigilante del tren, abriendo la portezuela del coche.

—¿Pero á nosotros también?—replican los aristócratas.

—A todo el mundo.

—Soy grande de España y caballero cubierto.

—Por mí, aunque sea V. destapado.

—Cubierto, sí señor—añade la esposa del título.

Quieras que no, la aristocracia tiene que penetrar en el fumigatorio.

—Debo prevenir á V.—dice el título del reino al dependiente de sanidad,—que la Sra Marquesa, mi esposa, no puede resistir los malos olores... ¡Ya verá V. la interpelación que hago en el Senado!

El de sanidad prepara el artefacto desinfectador sin pronunciar una palabra.

—¡No me dirija V. á mí el chorro!—grita la Marquesa, tapándose la cara con el gorro de viaje de su esposo.

Pero de nada sirven las protestas, y el matrimonio de ilustre linaje sale del barracón oliendo á demonios.

—A nosotros no nos fumigue V. y le daremos una gratificación—dice una señora característica, madre de una joven larga y acabada en punta.—A la niña la marean esos gases.

—Adentro.

—En todas partes han respetado su natural inocencia y la falta de carnes. Además, nosotras conocemos á un chico que está empleado en Gobernación, y de saber esto, hubiéramos traido una carta suya.

—Pero diga V.—pregunta un pollo que viene vestido de salmón con rayas.—¿Fumigan también á los solteros? Porque yo no consiento que se me riegue con ese líquido.

—Vamos, entre V.

—Corriente; pero conste que tengo expedita la vía judicial para exigir daños y perjuicios si no se me quita la mancha.

A un joven pa'eto, después de fumigado, se le exige que deje allí la manta.

—¿Para qué?—pregunta él.

—Para desinfectarla convenientemente. Vuelva V. á recogerla dentro de ocho días.

—¡Por vida de Dios! Pero hombre, ¡si viene limpia!

—Eso es lo que no sabemos.

—Más limpia que todos VV.

—¡Hombre! comprendo que se fumigue á la gente desaseada—dice un caballero con traje de dril, que parece de papel de estraza;—pero mi señora y yo somos como el ampo de la nieve.

—¡Y hemos estado pagando 50 rs. diarios en la fonda! Ya ve V. que no sería ninguna pocilga—añade la esposa del de dicho traje.

—Diga V.—pregunta una viuda,—para fumigar á uno, ¿hay necesidad de frotarle? Porque si es así, yo no entro.

En contraposición de las escenas anteriores, podemos citar el caso de un caballero que acompañaba á una señora entrada en años.

—¡Dios mío!—decía ella.—¡Estoy segura de que la fumigación va á acabar conmigo! ¡Yo que soy tan propensa al flato!

—¿Sí?—contestó él,—pues entremos.

Después, acercándose al de sanidad, le dijo en voz baja:

—¡Hágame V. el favor de cargarle la mano á esta señora!

—¿Es peligrosa?

—Peligrósísima. ¡Es mi suegra!

**

Ha vuelto la animación á los jardines del Retiro, gracias á las óperas que nos van echando y á las miradas incandescentes de las señoritas que acuden á deleitarse con las melodías de los sublimes maestros.

En los jardines se respira agradablemente, se oye cantar y se ama, todo por un tanto alzado, que no suele pasar de una peseta.

Ducacal ha suprimido este año las entradas de favor, y esto contraría á una gran parte de la juventud que se mandaba hacer ropa, de efecto nocturno, para lucirla en los jardines, á la luz del gas. Ahora los trajes económicos no pasan del salón del Prado, esa exposición permanente de jóvenes mal alimentadas, aunque bellas.

Allí acuden también los salteadores del amor, con el billete amoroso en el bolsillo, para dejarlo caer en la pechuga de las inocentes tortolillas que se posan en los bancos.

Las mamás, esas aves de rapiña cautelosas, vigilan cuidadosamente las evoluciones de sus hijuelos y no pueden menos de hacerles advertencias morales en voz baja, *verbi gratia*:

—Niña; ese joven rubio que nos ha venido siguiendo, parece un conejo de Indias. No tiene trazas de persona regular.

—No levantes mucho el pie, que se te va á ver el roto de la sobrefalda.

—Si ves pasar á Siro, haz como que no lo notas. Ya sabes que siempre nos convida al puesto de agua y después tengo yo que pagar los merengues.

Entre las personas que acuden todos los veranos á respirar el aire puro del Prado, figura D.^a Bruna y su niña. Por delante del banco en que se sientan diariamente, han pasado hasta la fecha dos ó tres generaciones de pollos.

Hace pocos días que un senador del reino vió á D.^a Bruna y su niña sentadas en el banco de costumbre, y dijo á otro caballero que le acompañaba:

—¡Hombre! ¡La polla del 54!

—¿La conoce V.?

—Ha sido novia mía.

—Pues se conserva bastante bien.

—Sí; después ha tenido relaciones con mi chico.

D.^a Bruna se parece por hacer que las miradas recaigan en su hija, y todo se le vuelve entablar conversación con los compañeros de banco.

—La noche esta muy fresquita.

—Mucho—contesta el interpelado.

—Y sin embargo esta *chica* no quiere taparse la cabeza. Es lo que yo la digo: Estás abusando de tu juventud.

La chica viene á ser de la edad de Posada Herrera; sólo que tiene mejores carnes.

* * *

Como si no tuvieran bastante con las lecturas de Grilo en el Ferrol, va á celebrarse en la Coruña un certamen poético, con motivo de la reciente muerte de una poetisa.

¡Dios mío! ¡Qué lastima me dan mis parientes y amigos de la infancia!... ¡Tener que vivir entre vates cultivadores de la gaya ciencia, allí donde es tan necesario el cultivo de la madre tierra!

LUIS TABOADA.

Á ROSARIO

Rosario: tu nombre amante que tanto halaga mi oído, me persigue á cada instante, cual si no fuera bastante el haberte conocido.

Si tranquilo y solitario llego en una iglesia á entrar, en el alto campanario oigo el bronce resonar que anuncia el *santo rosario*.

Si por vía de recreo cojo un periódico y leo «charada», cosa es probada; quiero descifrarla, y veo que es *Rosario* la charada.

«Hará buen tiempo este mes?» me pregunto: «es necesario mirarlo en el calendario:»

lo busco, y me encuentro... pues, con la Virgen del *Rosario*,

«Me caso, chico, y me voy á esperar el fruto opimo con mi *Rosario*;» esto es hoy lo que me escribe mi primo Francisco Pérez Godoy.

¿Por qué la iglesia, el diario, mi primo, y el calendario, y yo no sé cuántos más me recuerdan á Rosario, si no la olvido jamás?

¿Y qué es sin amor el hombre? Yo vivo mejor sin calma, sin bienestar; no te asombre, tengo en mi oído tu nombre, y tu imagen en el alma.

RICARDO DE LA VEGA.

LAS BOTAS

Estaba una vez Pascual alojado en una fonda, en cuya mesa redonda vió una mujer celestial.

Y dijo á un mozo:—¿Quién es esa niña encantadora?— Dijo el mozo:—La señora del cuarto número tres.

—¿Cómo se llama?—Señor, yo no lo sé á punto fijo; pero al venir aquí, dijo que se llamaba Leonor.

—¿Por qué lo pones en duda?—Porque... así... señora sola... de esas que son...—¡Hola, hola!—Que no es casada ni viuda...—

Y por tan vaga respuesta, Pascual vino á comprender que aquella buena mujer era materia dispuesta.

Y puesto sobre la pista Pascual, muerto ya de amor, dijo entre sí:—Pues señor, voy á emprender su conquista.—

Llegó la noche, y después de estar un buen rato alerta, vió unas botas á la puerta del cuarto número tres.

¡Qué pequeñez! ¡Qué primor! ¡Qué de ideas le inspiraban! Aquellas botas guardaban un tesoro encantador.

Pasó una semana entera, y al comer y al almorzar no cesaba de mirar á su hermosa compañera.

Y en platónico derroche de amor, tan sólo vivía viendo á Leonor por el día, y las botas por la noche.

Una vez, con decisión, pasada ya una semana, dijo:—Esto es hecho; mañana le hago mi declaración.—

Pero el pobre vió con honda pena que el pecho le hería que su adorada aquel día no fué á la mesa redonda.

Creyó su desdicha cierta, pero al fin se consoló por la noche, cuando vió las botitas á la puerta.

Entró en su cuarto al momento, tomó un pliego de papel, y febril, escribió en él su atrevido pensamiento.

Fué al cuarto de la vecina, y conmovido el pobrete, doblando bien el billete lo metió en una botina.

Á la siguiente mañana se puso en acecho y vió que por las botas salió un señor de barba cana.

Disimulando el dolor pero con cara mohína, dijo al mozo:—La vecina ha encontrado protector.

—No señor, si se marchó. —¿Pues en el cuarto frontero quién vive hoy?—Un caballero con un niño.—¡Me partió!

JOSÉ ESTREMER.

PRESERVATIVOS

¡No saber nosotros que en España había tal número de personas ilustradas que conocen los medios preservativos y aun curativos del cólera morbo!

¡Cuidado que han salido teorías y folletos parlantes, para explicar á las personas profanas las causas del cólera y la manera de combatirlo!

«¿Qué es el cólera?»—pregunta un caballero particular en el prefacio de un folleto.

«El cólera—se contesta él mismo,—es una epidemia cuyo origen es desconocido.»

«¿Cuáles son las causas?»

Y se contesta:

«Varias.»

«¿Cuál fué su pasado; cuál es su presente; cuál será su porvenir?»

«En esta parte—continúa,—nada podemos decir, nada sabemos; todas son tinieblas.»

«Se observa en las enfermedades contagiosas cierta propensión extraña á propagarse.»

El que esto dice ó escribe, se queda tan fresco, después de lanzar al mundo tan importante revelación.

«La causa principal es la falta de aseo en las personas»—opina uno de tantos.

«Hay microbios»—descubre algún sabio.

«No hay sino influencias atmosféricas»—sostiene otro.

—Poseo una receta indígena, es decir, india, contra el cólera—apunta un sujeto.

—Yo otra pers—dice otro.

Todas las comadres y compadres de los vecinos de Madrid, pacíficos, poseen recetas contra las epidemias, en general, y contra el cólera, en particular.

El cólera está en moda en Madrid, como los sombreros de Villalón, que usan las señoras, y los pantalones de embuchado extremeño que gastamos los caballeros.

En varios establecimientos comerciales de esta capital se lee:

«Preservativo contra el cólera.»

«Curación radical de los síntomas premonitorios.»

«Infalible contra el cólera morbo-asiático, traducido al madrileño.»

Después viene el catálogo de la farmacopea casera, con cuantas fórmulas y procedimientos «acreditados por la experiencia,» según aseguran los propagandistas, sirven para evitar el cólera á las familias bien acomodadas.

—Mire V., vecina—dice una señora viuda del cólera del 1865; es decir, viuda de un caballero teniente del arma de infantería, á la edad de sesenta y dos años, en que le sorprendió el fallecimiento premonitorio,—para librarse de la epidemia no hay cosa mejor que el vinagre de yema á todo pasto.

—Yo he oído asegurar que el alcanfor corta las enfermedades infacciosas.

—Infecciosas querrá V. decir.

—Es equivalente.

—Pues nada de eso—interrumpe un señor pasivo, desde la ventana de su despacho.—El verdadero antídoto es el Leroy, vomitivo y purgante; yo se los he aplicado á mi esposa, y está en un grito en este momento.

—¡Pobre señora!

—¿Qué? No la compadezcan VV.; ella se salvará. Lo que yo la digo: Esas peteneras de vientre, te sacan adelante y te evitan una muerte segura.

—En cuanto sientan VV. los primeros síntomas—aconseja un amigo de la casa,—dos kilos de laudano, y á dormir, que ya vendrá la reacción.

—Yo uso ácido fénico para todo—dice un individuo;—para lavarme, para afeitarme, para el baño; en las ensaladas, en lugar de vinagre, ácido fénico, y tengo un niño chiquitín, que no se llama Nicolás, por cierto, y al cual pienso destetar con sopitas de ácido fénico.

Afortunadamente, los que aconsejan no practican todo lo que recomiendan, y los aconsejados no hacen aprecio de los preservativos que les indican.

De lo contrario, habrían fallecido á estas horas, á consecuencia de los medicamentos caseros, las tres cuartas partes de los habitantes de España.

Hay gentes para todo.

—¿Cómo dirá V. que me he curado yo del cólera?—me preguntaba un individuo.

—No lo sospecho—le contesté.

—Pues con la venida de mi suegra á casa. En cuanto ella entró, empezó la reacción, y como pasamos la vida en una batalla, no tenemos tiempo de declararnos casos.

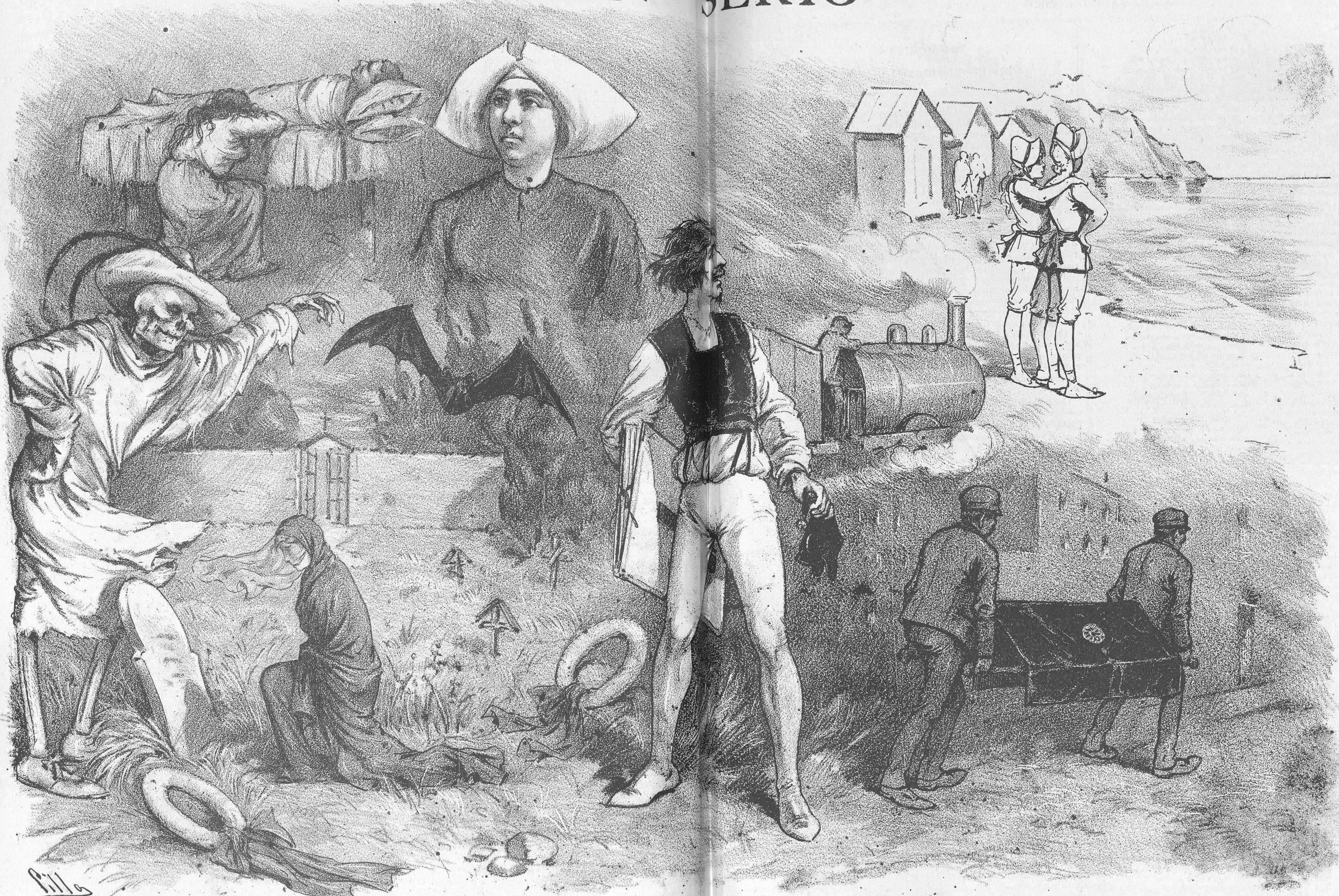
EDUARDO DE PALACIO.

LA ROSA AMARILLA

Margarita es tan bonita, que asegura la opinión, que en toda la población no hay dos como Margarita.

¡Qué alegre! ¡Qué pizpireta! Aun siendo tan vivaracha, valdría más la muchacha si no fuera tan coqueta;

EN SERIO



El cólera de este año

pero tanto, que á juzgar por lo que dice la gente, no ha habido bicho viviente que haya dejado escapar.

Militares y paisanos de todas categorías, á cientos, todos los días, se le vienen á las manos; y como ella es siempre así, tan casquivana y ligera, se pasa la vida entera diciendo á todos que *sf.*

Angelito es un gomoso que viste siempre á lo inglés, y hace lo menos un mes que viene haciéndola el oso; y creo que á Margarita le hace gracia su hermosura, porque con esa figura parece una señorita.

Es un joven envidiado por los pollos principales, y como es en sus modales sumamente afeminado, nunca ha tenido la idea, aunque el caso es bien sencillo, de fumar ni un mal pitillo (porque el humo le mareal). Pues bien; la niña en cuestión, y sin que nadie se entere, ya le ha dicho que le quiere con todo su corazón,

pero todo esto no quita, aunque así no le convenga, para que entre tanto tenga otro novio Margarita.

Y lo tiene ¡ya lo creol! Un estudiante tronera muy loco, muy calavera, muy colorado y muy feo.

Bebe y juega y se emborracha, fuma como un descosido, y ni le asusta un marido ni respeta una muchacha.

Tal es Paco el sevillano, su segundo pretendiente, y el mozo más insolente de todo el género humano.

Hablando hace media hora con la vieja Baldomera, que es, por cierto, una portera como todas habladora, sin recato y sin temor, me ha dicho que Margarita tuvo anteanoche una cita con su novio el fumador.

Que hablaron breves momentos; que oyó ruidos sospechosos; que al poco rato amorosos se hicieron mil juramentos, y que la muchacha loca de alegría en su pasión, salió después al balcón con una rosa en la boca.

Trascurrido así un instante —dijo— pasó por la acera uno que no sé quién era, mas sería el otro amante, porque yo pude observar que con palabras de amor, él la pidió aquella flor y ella no supo negar.

Se la echó; cogióla al vuelo, y aunque eran necios agravios cuando la llevó á sus labios la arrojó furioso al suelo, al ver que salió la rosa de aquella boca divina, ¡con un gusto á nicotina que era una cose espantosa!

Esto es pura realidad según dijo la mujer... ¡pero vaya usted á saber si será todo verdad!

FIACRO YRÁYZOZ.

¿QUE QUIÉN SOY YO?

Pues mire usted, yo me llamé... pero el nombre es lo de menos; soy, en opinión del amo, un oficial de los buenos.

Y en Madrid, si usted me apura, no encontrará, no señor, quien haga una cerradura en menos tiempo y mejor.

Soy feliz y vivo ahito como un príncipe imperial, ¡más feliz que el señorito que vive en el principall!

Siempre que nos encontramos en la escalera, se para para mirarme así... vamos, como si me despreciara.

Y es que el hombre se figura que mi pobre blusa viene á amargar una ventura y una dicha... que no tiene.

Esta gorrilla de seda la pagué con mi dinero; ¡le desafío á que pueda decirlo de su sombrero!

A mí, por guapo y buen mozo, me quiere una cigarrera, que se tiraría á un pozo en cuanto se lo dijera.

Y si se atreve un chulapo á querer que se deslice, le despide de un sopapo y en seguida me lo dice,

porque si se me desliza y yo lo averiguo, ¡zas! la pego un pie de paliza y luego me quiere más.

A él le engaña una... cualquiera y él paga... lo convenido, ¡como si así se pudiera querer á ningún nacido!

En trajes, cochés y abonos se gasta el caudal entero y se le pone de monés cuando no tiene dinero.

Con su lujo y con su moza que manda y se le subleva el infeliz cree que goza ¡pero buen chasco se llevar!

Mientras él en los salones llenos de luz y de gente con danzas y cotillones se aburre infinitamente,

yo, al compás de la habanera de alguna murga endiablada, bailo en mitad de la acera abrazado á una criada

que no quiere resistirme y se rinde en un segundo... ¡y me divierto de firme delante de todo el mundo!

Yo pillo una borrachera los domingos por la tarde y pinto un chirlo á cualquiera que me trate de cobarde.

Él se achispa con Jerez, y aunque en mí sea inmodestia, es más soso, y más soez, y más grosero, y más bestia.

Cuando se ve en un apuro, se empeña, porque es preciso, y yo siempre tengo un duro si se ofrece un compromiso.

¡Y me desprecia el gandul cuando me ve en la escalera porque tengo blusa azul y no me pongo chistera!

¡No se entera el pobrecito de que es este menestral más feliz que el señorito que vive en el principall!

SINESIO DELGADO.

MEMORIAS

DE UN CUADERNO DE PAPEL

Recuerdo el día y la fecha aquella con la misma exactitud que si se tratara del día y la fecha de ayer: era martes y estábamos á 13 de noviembre, según oí decir á un muchacho asturiano, dependiente del lujoso establecimiento que era por entonces mi tranquila residencia.

Gozaba de la *paz de los sepulcros*, haciendo silenciosa compañía á una veintena de compañeros y semejantes, encerrados, como yo, en una bonita caja de madera, que me servían de base ó de mullido colchón, lo cual quiere decir que ocupaba el puesto de preferencia.

Aquel martes, de triste memoria, me sacó á la vergüenza pública el endiablado asturianillo; caí sobre el mostrador produciendo un ruido sordo que conmovió todos mis poros; sentí dolor en la cubierta y temblaron todas mis hojas de rayado papel.

Una mano extraña, pegada, á lo que entonces entendí, á un brazo descomunal, me cogió por el lomo con cierta delicadeza que empezó á tranquilizarme, al mismo tiempo que otra mano, igual en un todo á la primera, pasaba y repasaba mis hojas con suavidad, por no decir con cariño.

Después de un detenido examen, me envolvió no sé quién, sin arrollarme, en un trozo de papel de un color diferente al mío, y una mano blanda me introdujo en un amplio bolsillo; escuché un ruido metálico, tal vez el producto de mi venta, y un minuto más tarde me sentí trasladado Dios sabe dónde.

Cuando abrí mis poros á la luz me encontré tendido en una mesa escritorio repleta de libros de todos tamaños y de multitud de cuartillas de diferentes dimensiones.

Una escribanía monumental se destacaba en el centro de la mesa, y más á último término un quinqué de petróleo, de elegantes líneas, que alumbraba con su luz, en forma de almendra, el gabinete de estudio de mi propietario. Se hallaba éste sentado en un cómodo sillón colocado próximo á la mesa; tenía en la diestra mano un palillero de madera oscura rematado en una pluma reluciente, y en la izquierda un cigarrillo de papel, de esos que se fuman solos. Su rostro, entre bondadoso y bobalicon, estaba animado por la sonrisilla retozona que asomaba á sus labios y por las miradas picarescas de sus ojos microscópicos.

El buen señor se encontraba *inspirado* y hablaba en voz alta con un entusiasmo tal, que llegó á aturdirme en los primeros momentos; poco á poco me fui tranquilizando y pude escuchar á mi sabor el curioso *Monólogo* que voy á reproducir, si el pío lector no lo toma á enojo.

¡Qué título, qué argumento y qué prosa! Sí, señor; prosa, pura prosa; los versos están de capa caída... y nunca se me ha ocurrido un mal consonante.

«*Embrollo y movimiento.*» ¡Cuando digo que mi comedia era un prodigio! Hay un *lio* colosal, ingenioso, imprevisto. D. Timoteo, viejo viudo, tiene una hija, Clotilde, joven doncella enamorada de Alfredo, joven doncel. D. Timoteo dice á su hija, entre chiste y chiste, que desapruéba su elección y que se prepare, por malas ó por buenas, á recibir al dignísimo esposo que él la tiene destinado, el cual esposo puede llegar de un momento á otro. En esto suena la campanilla de la puerta y entra de rondón... ¿quién dirán VV.? Pues el mismísimo esposo futuro que puede llegar cuando mejor le plazca, y que se presenta, como es de rigor, en el momento más oportuno.

Clotilde escapa *por la derecha*, D. Timoteo abraza á su protegido, el protegido á D. Timoteo, y sabe Dios en lo que pararían tantos abrazos, si ambos personajes no se alejaran de la escena con dirección al jardín de la casa, sitio fresco y ventilado, que no ve el público.

Entonces sale Clotilde y habla mal de su papá, y después llora, y luego canta unas habaneras llenas de malicia y de alusiones políticas, que por no venir á cuento harán reír al auditorio.

Apenas termina la copla aparece, *por la puerta del foro*, un robusto mocetón que abraza á la enamorada doncella, sin permiso de la interesada, que ciega de amor lo introduce en un cuarto, cierra la puerta, da vueltas á la llave, quedándose como es de rigor del *lado acá* de la puerta. Ha creído sentir pasos, y escucha con religiosa atención...

Entra un nuevo personaje, Alfredo, que es, por derecho de

conquista, el novio legítimo de la niña. Clotilde palidece, se tambalea y exclama:

—¡Dios mío! ¿Quién me abrazó entonces?—y dicho esto, cae sin lastimarse sobre el tablado del escenario.

Alfredo se queda hecho una estatua y dice:—¿Quién la abrazó? (Pausa.) ¡Ay! ¡Me escamo!

Aparece la criada muy metida en cuidados ajenos, y encarándose con Alfredo, grita con mucho retintín, mirando con el rabillo de los ojos la figura yacente de Clotilde:

—¿Qué ha hecho V. con mi pobre señorita?

Alfredo va á responder con mucha cortesía, mas la fámula lo coge del faldón de la levita y lo introduce en un cuarto de la izquierda, cerrando con llave.

Ya era tiempo: D. Timoteo y su protegido entran por donde salieron, y exclaman á dúo corriendo á levantar á Clotilde:

—¿Qué ha pasado aquí?...

La criada responde:

—Ella lo dirá y yo... me largo.—Y dicho y hecho, se retira por la derecha.

Clotilde vuelve á la vida y refiere cuanto ha sucedido.

—Aléjate, desdichada—exclama el papá un tanto amoscado, y dirigiéndose á su futuro yerno dice, mientras señala, con el dedo pulgar de la mano derecha, el cuarto donde se oculta Alfredo:

—Ahora verá V. los puntos que calzo.

Y sin más preámbulos derriba la puerta de un puntapie, entra en el cuarto y saca á Alfredo cogido de una oreja.

Grita el mozo, ruje D. Timoteo, llora el anhelado yerno, acude Clotilde, llega la criada y, después de muchos chistes, se demuestra la inocencia de Alfredo y se procede á la excarcelación del otro cauvivo que es... el aguador de la casa.

—¿Por qué me abrazaste, miserable?—dice la víctima.

—¡María Santísima! la confundí con la criada—responde el gallego.

D. Timoteo habla largo y tendido afirmando que la honra de su hija no admite lunares y que la casa con el aguador.

Protesta Clotilde y Alfredo y la criada... empeño inútil; el matrimonio queda acordado, y Alfredo, lleno de despecho, pide la mano de la fregatriz, que se le concede en el acto. El otro pretendiente jura no comer á mantéles y D. Timoteo se despidió del público solicitando un aplauso.

Después cae el telón.

Confieso, á fe de cuaderno, que no las tenía todás conmigo y que empecé á dudar del buen juicio de mi amo, hasta el punto de creerlo un loco. El tiempo modificó mis ideas y hoy encuentro grande y magnífico lo que entonces me pareció estúpido y sin atadero.

Un mes después de los sucesos que acabo de referir, era yo un cuaderno inapreciable. Mis hojas estaban pobladas de menudas letras, habían sufrido la presión de la pluma y el contacto de la tinta; era, en una palabra, una comedia en un acto, y llevaba escrito en mi cubierta mi nombre de pila, que decía así: *Embrolo y movimiento*.

Entonces supe lo que era el mundo literario, al cual pertenecía, fui leído en la *La Cacharrería* del Ateneo, en una velada artística, en el cuarto de los actores, en las mesas de más de un café, qué sé yo... empezaba á aturdirme con tanto moviminetto.

Un día me entregó mi amo á un director afamado de un teatro de moda; aquel apreciable actor me encontró *piramidal*—repito sus palabras,—hizo que me copiaran, se me sacó de papeles... y algunas noches después hacía las delicias de un público inteligente, escogido y numeroso: estuve en el cartel toda una temporada.

Hoy vegeto en el gabinete de estudio de mi dueño, saboreando las dulzuras de la gloria, por no decir de la inmortalidad; oigo hablar de ciencias y de literatura y entiendo el teatro moderno mejor, infinitamente mejor que muchos autores que se preocupan con el asunto de una obra, que escriben en verso *¡cursilerías de antaño!* y que buscan el chiste sin andar á cachetes con la lógica.

¡Ah! ¡quién tuviera una mano, una sola mano y pluma y papel y arenilla y tintero! yo escribiría entonces comedias, juguetes y pasillos *de brocha gorda* al gusto del día, iguales ó mejores que algunas obras aplaudidas.

Dirán algunos que sueño con quimeras é imposibles; que un miserable cuaderno de papel sin cerebro, sin inteligencia, no puede producir obras de arte.

¡Inteligencia! Mi amo carece de ella y no obstante es autor cómico... y autor cómico de mucho empuje.

Por la copia.

J. NAVARRO REZA.



Delante de casa de Aramburu.

Un sujeto contempla con gran atención el barómetro colocado á la puerta del establecimiento.

—¿Qué miras?—le pregunta un amigo.

—La hora que es.

—Pero, hombre, no ves que eso no es un reloj, sino un barómetro.

—¡Ah! ¡Ya decía yo que no podía ser tan tarde!



Hay en Valencia un industrial que se dedica á la fabricación y venta de artículos de última necesidad; esto es, de efectos fúnebres.

Poseído de un pánico espantoso durante la epidemia, telegrafaba con frecuencia á un pariente suyo residente en Madrid.

He aquí el último telegrama:

«Esto va bien; ya no hago negocio.»



Antes cuando te encontraba
marchaba detrás de ti;
una vez te pillé sola
y... no te volví á seguir.

Soñé que estabas conmigo,
soñé que eras mi mujer,
después soñé... ¡considera
qué soñaría después!

EDUARDO GONZÁLEZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. E.—Madrid.—V. se defenderá como quiera, pero la cosa es mala. No basta que concierten los versos para que haya composición, camarada. Además, *nácar* es masculino ¡Ah! el verbo *haber* se escribe con *h*. Esto apesar de que V. ha escrito *en la prensa*.

Sr. D. E. T.—Cádiz.—En este tampoco ha podido ser, pero en el próximo... ¡ya verá V. en el próximo!

Habichuelas.—Madrid.—Mala época para las legumbres, y medianilla la composición.

Sr. D. L. M.—Madrid.—¡Caracoles con el sonetito... y la ortografía!

Sr. D. L. F.—Burgos.—Eso podrá haber ocurrido, pero contado no tiene gracia.

Sr. D. P. P.—Sin señas.—Ello es muy largo, y además no se dice ¡Fíase V!, sino *fíase*.

Sr. D. N. C.—Montilla.—Mediano, y si me apura V. un poco, menos que mediano.

Sr. D. R. N.—Barcelona.—Muy bonita... para música. Gracias por la petición, á que siento no poder acceder.

Serafín.—Cádiz.—

¡Adiós ingenio precoz!

¡qué talento tan atroz!

Sr. D. P. C.—Pamplona.—¡Quite V. de ahí!

Un gigante.—Huarte.—No, no llegará V. á ser literato. El epigrama es dulce y punzante, eso sí; ¡como que se trata de chupar y picar!

Sr. D. E. L.—Madrid.—Malito.

Sr. D. R. G.—Barcelona.—No adelante V. el carnaval, y no adelante usted de esa manera.

Sr. D. J. P.—Oviedo.—No *azedo*, como V. dice.

Sr. D. R. S.—Oviedo.—Unos versos largos, otros cortos... ¡figúrese usted!

Bésugo.—Cádiz.—En Navidad nos veremos las caras, señor acantopterigio.

Pipo.—Bilbao.—No me gusta.—*Betina*.

Sr. D. A. C.—Santander.—Todo ello es muy malo; no hay galantería posible con unas seguidillas que no lo son. Además, esa *Sergia* me parece apócrifa.

Sr. D. J. M.—Sevilla.—¡Ay! si resultaran.

Sr. D. J. R.—Madrid.—Conque eso le aconsejan á V. sus amigos? ¡Pues buenos amigos tienes, Benito!

Sr. D. C. A.—Madrid.—Venga.

Sr. D. L. M.—Madrid.—Hombre, V. no molesta nunca. No es ese el sentido.

Sr. D. J. V.—Madrid.—V. escribe muy bien. La primera, sobre todo, es superior.

Sr. D. L. L.—Madrid.—Dos muy buenos.

S. S.—Sin novedad.

MADRID COMICO

ODA AL MAR



¡Parad, olas inquietas,
y escuchad los quejidos de este vate
que hace días no tiene dos pesetas
y va á tener que hacer un disparatel

ANUNCIOS

LA CARICATURA

SEMANARIO HUMORISTICO

ILUSTRADO

POR NUESTROS PRIMEROS DIBUJANTES

SE PUBLICA LOS JUEVES

Regalo á los suscritores del «Madrid Cómico»

Número suelto..... 15 céntimos.

Ídem atrasado..... 25 »

ADMINISTRACIÓN, Cortanilla de los Ángeles, 7, principal.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañía COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

COLECCIONES

Madrid Cómico

	A los suscritores. Pesetas.	A los no suscritores. Pesetas.
Cada tomo de un año	8	10
Ídem id. encuadernado en tela.....	10	12,50

La Caricatura

Un número atrasado	0,25	0,25
--------------------------	------	------

Madrid Político

Colección de los 22 números publicados.	2	2,50
---	---	------

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Cortanilla de los Ángeles, 7, pral.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO